

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

El abordaje historiográfico de pasados traumáticos recientes. El caso argentino: contextos y contrastes.

Daniel Lvovich.

Cita:

Daniel Lvovich (2005). *El abordaje historiográfico de pasados traumáticos recientes. El caso argentino: contextos y contrastes*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/374>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**X Jornadas Interescuelas / Departamentos de
Historia
Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005**

Título: El abordaje historiográfico de pasados traumáticos recientes. El caso argentino: contextos y contrastes.

Mesa Temática Nº 40: “Formas de reconstrucción del pasado reciente. Historia y Memoria de las dictaduras en Argentina y el Cono Sur.”

Pertenencia Institucional: Instituto del Desarrollo Humano. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Autor: Daniel Lvovich. Profesor Regular Adjunto. E mail: dlvovich@ungs.edu.ar
daniel.lvovich@gmail.com

Desde 1983 en adelante, se ha abusado sin dudas del empleo del modelo de los regímenes fascistas europeos como espejo a través del cual comprender las características del estado dictatorial instaurado en Argentina a partir de marzo de 1976, así como de la equiparación del terrorismo de estado con el Holocausto. Esta operación resulta comprensible por varios motivos: la constitución del Holocausto - más allá de su especificidad - como un icono de los genocidios del siglo XX en las que tanto las víctimas como los estudiosos de los asesinatos de masas que lo sucedieron en distintas latitudes difícilmente podían dejar de verlos reflejadas, la necesidad de recurrir a referencias notorias para comprender el caso argentino, la eficacia de estas equiparaciones en la estructuración de las políticas de la memoria. Si el empleo de estas comparaciones y equiparaciones resultó eficaz en algunos planos, disto de ser apropiado en otros, en particular en lo referente a la construcción de las herramientas conceptuales más apropiadas para comprender la especificidad del caso de la dictadura argentina, dadas las abismales diferencias entre estas distintas experiencias históricas.

Existe, sin embargo, un aspecto en el que recurrir a los casos europeos puede permitir iluminar y establecer homologías – aunque no equiparaciones – con el caso argentino. Se trata de la consideración del modo en que esas sociedades dieron cuenta de sus pasados recientes, ya que sus características fuertemente traumáticas, aunque no admiten ser identificadas sin más con las

del caso argentino, habilitan la formulación de preguntas acerca de su comparabilidad.

Al referirnos al modo en que las sociedades en cuestión dieron cuenta de su pasado, abarcamos tanto al lugar que ocuparon las representaciones de aquel pasado en los debates intelectuales, a las elaboraciones de las distintas memorias en pugna sobre el mismo, y a la producción historiográfica en sentido estricto.

En este trabajo consideraremos los modos en que en distintos casos nacionales estas distintas instancias se vincularon. En los casos europeos, observaremos que diversos motivos – el silencio sobre esos pasados, la construcción de una memoria complaciente, la capacidad hegemónica de los relatos estatales – motivaron que el desarrollo de la historiografía resultara tardío y dificultoso. Como veremos, las dificultades para la constitución de un campo historiográfico se derivaron menos de la cercanía con los sucesos – al menos desde el momento en que los archivos fueron accesibles para los historiadores – que de la potencia de los silencios o de las formas alternativas de reconstrucción de esos pasados traumáticos. Por ello, en cada uno de los casos considerados la condición para el desarrollo de la historiografía fue la existencia de alguna forma de ruptura con aquellas representaciones.

En el caso argentino, aunque no existió tras 1983 un período de silencio sobre las políticas dictatoriales. Por el contrario, la presencia del pasado dictatorial en la esfera pública resultó un dato casi permanente, aunque la producción historiográfica resulta aún incipiente. Junto a otras dificultades - como la limitación en el acceso a los archivos estatales - la construcción de una historiografía de la dictadura supone un distanciamiento en relación a las memorias, sin que ello suponga la adopción de una postura de neutralidad valorativa.

El Holocausto : del silencio al centro de la conciencia occidental

Apenas regresado a su país tras sobrevivir al campo de exterminio de Auschwitz, al que había sido deportado en 1944, un joven italiano judío escribió un libro en que relató sus experiencias. El manuscrito fue rechazado por algunos grandes editores, y sólo fue aceptado en 1947 por una pequeña editorial. Se imprimieron 2.500 ejemplares de ese libro, que no alcanzó una

resonancia importante. Solamente Italo Calvino, por entonces un joven escritor, lo elogió con entusiasmo. Finalmente la pequeña editorial se disolvió y el libro cayó en el olvido.

En 1945, un filósofo alemán que hasta 1933 había defendido posturas nacionalistas publicó un ensayo en el que reflexionó sobre los horrores de la guerra y la responsabilidad alemana en la catástrofe. Aislado y criticado tanto por comunistas como por conservadores, abandonó Alemania para radicarse en Basilea.

Unos pocos años más tarde, al comenzar la década de 1950, un estudiante de historia en la Universidad de Columbia le solicitó a Franz Neumann, miembro de la Escuela de Frankfurt y autor de *Behemoth* – un hoy célebre texto sobre la estructura del estado nazi - que dirigiera su tesis de doctorado sobre el exterminio de los judíos europeos por el nazismo. Aunque Neumann aceptó, era consciente que al elegir ese tema, el estudiante se estaba separando del *mainstream* académico al dedicarse a un tema no abordado en los estudios universitarios y por el que el público no mostraba interés. Por ello, no dejó de señalarle al estudiante: “*It’s your funeral*”.

Estas tres situaciones no resultarían particularmente relevantes - la escasa difusión, la crítica feroz y el aislamiento intelectual resultan circunstancias muy habituales en la vida intelectual - si no fuera por la relevancia que sus tres protagonistas y sus obras alcanzarían en las décadas posteriores.

El joven italiano era Primo Levi, y el libro que dificultosamente logró publicar fue *Si esto es un hombre*, que a partir de su reimpresión por Einaudi en 1958 alcanzó resonancia mundial. En un apéndice de 1976 a ese libro, el propio Levi señalaba que en la inmediata posguerra su obra tenía pocas perspectivas de lograr una difusión importante, debido a que “la gente no tenía muchas ganas de regresar con memoria a los dolorosos años que acababan de pasar” (Levi, 1988:183). El filósofo alemán era Karl Jaspers y su ensayo sobre la *Schuldfrage*, la cuestión de la culpabilidad alemana, el que le provocó a la vez ser tildado de americanista por la izquierda y de antialemán por los conservadores. Después de 1945 una parte considerable de los alemanes se esforzó por olvidar el pasado nazi y los terribles crímenes de ese régimen, de los que afirmaban no haber estado al tanto. Considerándose a sí mismos

como víctimas, se concentraron en el recuerdo de sus propios sufrimientos – los bombardeos, el hambre, el éxodo – y prefirieron ignorar los que el nazismo infligió a otros.

El estudiante era Raul Hilberg, quién en 1961 publicó *The destruction of the European Jews*, convirtiéndose en el primer investigador que logró delimitar históricamente la morfología y los orígenes del holocausto, coronando más de una década de investigación en un campo hasta aquel momento casi inexistente (Finchelstein, 2001: 24). En efecto, Hilberg resultó una de las pocas personas que en aquel momento se dedicó de manera sistemática a estudiar el Holocausto, en momentos en que el mundo académico norteamericano, al igual que en Francia y Alemania, el tema no despertaba el menor interés. El propio Hilberg recordaba que en los primeros años de posguerra los judíos eran raramente mencionados en los innumerables relatos sobre la Segunda Guerra Mundial, al punto que la década de 1950 el exterminio de los judíos parecía definitivamente olvidado, y que esa fue justamente la razón por la que comenzó a ocuparse de esa cuestión. Una vez terminada su tesis, también el manuscrito de Hilberg recibió antes de su publicación el rechazo de varias editoriales (Finchelstein, 2001: 28 - 29).

Los tres episodios señalados ejemplifican con claridad el lugar marginal que hasta la década de 1970 ocupó el exterminio de los judíos europeos y la reflexión sobre las actitudes de las sociedades frente al nazismo y el fascismo en la cultura y el debate intelectual. Sólo un reducido grupo ubicará a Auschwitz en el centro de su reflexión en la inmediata posguerra - los miembros de la escuela de Frankfurt, Hanna Arendt, Georges Bataille, entre otros pocos - mientras un buena parte de los intelectuales de Occidente permanecerán “ciegos” frente al genocidio (Traverso, 2001 :17 - 34). Los historiadores no resultaron la excepción.

La cercanía temporal, las características extremadamente traumáticas de los sucesos y las negaciones individuales y colectivas resultan factores que contribuyen a explicar esta situación. Pero sin duda, los motivos de tipo macropolítico parecen haber resultado particularmente eficaces en tal sentido. En tal sentido, podemos considerar que el análisis acerca de la trayectoria del Holocausto en la memoria norteamericana realizado por Peter Novick (1999) permite revelar aspectos que resultaron influyentes en buena parte de

Occidente. Novick sostiene que hasta comienzos de la década de 1960 el genocidio de los judíos europeos no fue prácticamente tematizado en el espacio público europeo, como consecuencia en los rápidos cambios en los alineamientos mundiales que implicó la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Con el desarrollo de la guerra fría Alemania pasó a ser un aliado clave de los EEUU, mientras la URSS pasó a ser el enemigo totalitario contra el que se orientaba Occidente. El concepto de totalitarismo permitió a los EEUU desdibujar las líneas entre su antiguo y nuevo enemigo, al concentrarse exclusivamente en las similitudes entre los regímenes nazi y soviético. Resultó esencial en este proceso que se restara importancia a algunas de las atrocidades del nazismo a favor de la perspectiva ideológica de acuerdo a la cual la democracia habría redimido a Alemania. Así, señala Novick, en la vasta literatura sobre el totalitarismo la cuestión del Holocausto distó de cumplir un rol central, ya que se suponía que hablar de los crímenes nazis podía poner en peligro la orientación de la opinión pública hacia el anticomunismo.

Las organizaciones judías norteamericanas acompañaron este silencio. Ninguna organización importante desarrolló programas para recoger testimonios de historia oral de los sobrevivientes, ni dedicó recursos a financiar becas de investigación, y casi ninguna se pronunció cuando los Estados Unidos silenciosamente abandonaron el programa de desnazificación de Alemania Occidental. Los judíos norteamericanos pensaban que el Holocausto pertenecía al pasado, lo mismo que el antisemitismo resultante de la identificación de los judíos con causas foráneas a los EEUU. Resulta significativo que en la atmósfera del maccartismo, los esposos Rosenberg se hayan contado entre las pocas personas que se refirieron a Auschwitz, en el contexto del juicio por espionaje a favor de la URSS que se les siguió y que conduciría finalmente a su ejecución. (Traverso, 20001b :11)

No fue hasta la década de 1960, con el juicio a Eichmann en Jerusalén, que el exterminio de los judíos europeos capturó la atención de los norteamericanos. Sin embargo, la situación distaba de alcanzar un consenso unánime. Publicaciones como *The Wall Street Journal* editorializaban que la persecución a los nazis podía beneficiar al comunismo al provocar sentimientos antialemanes que distrajeran de los sentimientos antisoviéticos. En 1967 la Guerra de los Seis Días fue percibida en Occidente como una nueva amenaza

de exterminio, lo que contribuyó a colocar al Holocausto en el centro del debate, a partir de la toma de conciencia, en un primer momento en el seno de la *intelligentzia* judía y luego en la cultura norteamericana en su conjunto, de la singularidad histórica del genocidio de los judíos. (Traverso, 2001c: 115). Se iniciaba así una transformación duradera en la percepción del pasado que pronto se extendió a buena parte de Europa, y que no tardaría en traducirse además en una nueva producción historiográfica.

Fueron entonces las circunstancias políticas de aquel presente - la guerra fría, el juicio a Eichmann, el conflicto de Medio Oriente - las variables fundamentales que explican la disposición de las sociedades a recordar, a escuchar a los sobrevivientes y a formularse preguntas sobre aquel pasado traumático. El desarrollo de los estudios históricos sobre el Holocausto, la formación de un campo académico específico y hasta de un público para esa producción difícilmente logre entenderse sin considerarlos parte del mismo proceso.

Tres casos nacionales

Consideraremos ahora el modo en que tres sociedades europeas dieron cuenta de sus pasados traumáticos, a partir de la vinculación entre memorias, política e historiografía.

Hasta comienzos de la década de 1960, la historiografía italiana mostró un interés mínimo por el estudio del fascismo. Los libros al respecto aparecidos tras 1945, tanto los escritos por fascistas cuanto por antifascistas, eran generalmente unas sencillas narraciones de acontecimientos, en los que el análisis era eludido. Ningún intento serio de colocar al fascismo en un contexto histórico tuvo impacto en la historiografía, que permaneció ligada a las imágenes del fascismo desarrolladas por el antifascismo liberal, radical o marxista. Así Benedetto Croce señaló que el completo período del fascismo debería ser tratado como un paréntesis en la historia de libertad y civilización de la nación italiana, una “enfermedad intelectual y moral” que infectó a todas las clases como consecuencia de la crisis en la fe en los principios de la libertad y la razón. De hecho, cuando fue invitado en 1946 a escribir una historia del fascismo, respondió: “...odio tanto al fascismo que me he prohibido a mi mismo siquiera la posibilidad de pensar en su historia” (De Felice, 1976:

303) Por su lado, el Partido Comunista Italiano abrazó un populismo que concibió la historia como la encarnación del ascenso del pueblo italiano hacia sus objetivos, que solo se evitó debido a la acción egoísta de las minorías en la *rivoluzione mancata* del *Risorgimento* y en la tiranía del fascismo, que no habría poseído en tal perspectiva ninguna base popular. El más típico historiador italiano de la década de 1950, Federico Chabod, liberal y antimarxista, separó claramente al pueblo italiano de cualquier responsabilidad en los aspectos más oscuros del fascismo (Bosworth, 1996: 506).

Pese a que estas interpretaciones contrastaban marcadamente con entre sí en lo relativo a la evaluación de las causas y las responsabilidades por la promoción del fascismo, todas coincidían en considerarlo como una “negatividad histórica”, una especie de epifenómeno carente de una individualidad que justificara el interés de la historiografía. En efecto, por un largo tiempo los historiadores ignoraron el problema del fascismo y aceptaron como definitiva la imagen provista por las interpretaciones de la militancia antifascista. De acuerdo a esa imagen el fascismo no habría tenido vitalidad, ideología ni soporte de masas, y no sería más que una dictadura de clase, terrorista y demagógica. La “ocupación fascista” fue para Italia un período de estancamiento económico, corrupción e ignorancia en la sociedad, ilegalidad e improvisación en la acción de gobierno, y conformismo y oportunismo en política. Los rasgos distintivos del fascismo, como el mito del *Duce*, la movilización de masas, la organización de los intelectuales, la militarización de la política, la utopía del estado totalitario, y los ritos y mitos de una nueva cultura política eran considerados como máscaras e instrumentos de la tiranía, que no merecían ser tratados como acontecimientos históricos. Violencia, interés de clase y oportunismo resultaban las únicas categorías válidas para definir al fascismo. En tal perspectiva se denegaba la individualidad del fascismo, visto sólo como la extrema degradación de otros fenómenos, como una enfermedad moral colectiva, una manifestación de los vicios inherentes a la sociedad italiana o de la persistente reacción antidemocrática de la burguesía (Gentile, 1986: 181 – 183).

Durante la década de 1950, esta imagen del fascismo fue ampliamente aceptada por los historiadores, no solo porque ella ilustra ciertos aspectos genuinos de la experiencia fascista, sino también porque resultaba la única

explicación considerada consistente con los valores políticos del antifascismo militante y que reunía la variedad de opiniones históricas con las diferentes ideologías políticas que las elaboraban. Dudar de esta imagen y explicación podía aparecer como una disculpa al fascismo, además de un cuestionamiento a las bases de legitimación de la República. En la década de 1960 no se produjo en Italia una controversia historiográfica importante que revirtiera esta confortable versión del pasado. Prejuicios ideológicos y condicionamientos políticos, ambos variantes con los cambios de la situación política italiana, contribuyeron a cristalizar la imagen tradicional del fascismo, ignorando varias importantes intuiciones que los propios militantes antifascistas habían expresado.

En esas circunstancias, no resulta sorprendente que en 1962, Nino Valeri, uno de los primeros historiadores antifascistas en reabrir la cuestión del fascismo, señalara que “el problema es hoy es entender el fascismo, para poder decir `como ocurrieron las cosas realmente´, entenderlas, en su singularidad e irrepetibilidad”. Estudiar al fascismo en esta forma en la década de 1960 implicaba revisar una tradición historiográfica que era el producto de todos los elementos que habían constituido el antifascismo militante, pero no resultaban apropiados para proveer los criterios que deberían guiar la investigación histórica sobre el fascismo. (Gentile, 1986: 182).

A comienzos de la década de 1960 existían claros y extendidos indicios acerca de la insatisfacción de la joven generación con la interpretación tradicional. En 1966, observaba el historiador comunista Enzo Santarelli que parecía que la fase de interpretación antifascista resultaba atrasada, anacrónica, si se pretendía una adecuada comprensión del fascismo. Una nueva historiografía del fascismo creció a partir de esta insatisfacción en la obra de historiadores que incluían entre los valores del antifascismo el reconocimiento de la independencia del juicio histórico.

Sin embargo, la historización del fascismo no provino en Italia de la historiografía radical, ni del desarrollo de una nueva izquierda que se reivindicaba en la tradición de la resistencia. Por el contrario, tal historización provino de la perspectiva conservadora de Renzo De Felice, quién defendió la noción de que existió un marcado consenso al fascismo en la sociedad italiana, en particular entre 1929 y 1936. (De Felice, 1974).

La mirada disruptiva de De Felice provocó una intensa polémica historiográfica y política en Italia, en la que ese historiador fue acusado de pretender rehabilitar al fascismo. Sin embargo, su obra abrió un camino por el que se pudo romper el tabú que impedía el estudio del fascismo en sus propios términos, posibilitando que las investigaciones al respecto se multiplicaran. En tal sentido, la obra de De Felice significó una ruptura con las nociones que inspiraban el consenso antifascista, ruptura que abrió el camino a la existencia de una historiografía italiana sobre el fascismo inspirada en las tradiciones de pensamiento más disímiles.

El caso francés resulta en muchos aspectos similares al italiano. Tal como señaló Henry Rousso en *El Síndrome de Vichy*, tras una obsesión inicial en la inmediata posguerra por los eventos bélicos y de la ocupación alemana y sus consecuencias, entre mediados de la década de 1950 y comienzos de la de 1970, Francia prefirió olvidar su pasado reciente. Al igual que en otros países, en Francia la representación de la guerra fue rápidamente hecha tan confortable y moralmente honrada como fue posible. En este sentido, el mito gaullista acerca de un pueblo francés siempre resistente y absolutamente incontaminado por las políticas criminales del ocupante - excepto por unos pocos villanos que habían pagado por sus acciones en la depuración de posguerra - resultó altamente extendido. De Gaulle defendía un análisis de los errores y crímenes del pasado que exculpaba a la mayor parte de los franceses y sostenía a la vez la necesidad de evitar mirar hacia atrás. De hecho, el propio De Gaulle y eventualmente el orden político de la Quinta República encarnaban una Francia que, excepto en las celebraciones patrióticas, eliminó aquel pasado de la memoria pública.

¿Que lugar quedaba para la historia? En los primeros años de posguerra algunos grandes libros sobre la deportación fueron escritos por algunas de las víctimas sobrevivientes. (Vidal Nacquet, 1994: 31). A partir de la década de 1960 el campo de estudios sobre la resistencia estuvo dominado por el *Comité d'Histoire de la deuxième Guerre Mondiale* bajo el liderazgo de Henri Michel. Sus estudios pueden ser tomados como representativos de la historiografía del período, particularmente teniendo en cuenta que la CHGM, debido a sus vínculos con el gobierno, el ejército, los archivos y los grupos de resistencia, actuaba como una autoridad en lo relativo a la investigación sobre la guerra.

Aunque Henri Michel era un socialista, su trabajo dio apoyo histórico a la visión gaullista de la resistencia, visión que también la historiografía comunista ayudó a reforzar. En contraste, la investigación sobre Vichy y el colaboracionismo resultó en la década de 1960 mucho más reducida. Aunque en la década de 1960 se publicaron tres importantes libros de autores franceses sobre el período, estos concentraban su atención más en el Estado que en la sociedad. En esa década se tradujo al francés la investigación del historiador alemán Eberhard Jäckel sobre Francia en la Europa de Hitler, la primera en revelar los mecanismos estatales de colaboración que – sin embargo - atrajo a pocos lectores en Francia. (Rousso, 1994: 247 – 252)

Según sostiene Bosworth (1996: 512), la visión gaullista del pasado encontró un apoyo adicional en la Escuela de *Annales*, al menos en aquellos historiadores que aceptaron el liderazgo de Braudel. Braudel y sus seguidores hicieron del período 1940 – 1944 un evento insignificante ante el poder de unas estructuras y una *longue durée* que obligaban a aceptar los estrictos límites de la voluntad humana en la búsqueda de cambios.

La escasa disposición de los intelectuales franceses a innovar en la visión del pasado reciente se vinculaba además, probablemente, con las dificultades para dar cuenta de las actitudes de sus propias actitudes adaptativas en tiempos de Vichy y de la ocupación alemana.

Al respecto, se ha señalado que los intelectuales franceses compartieron las orientaciones dominantes en el conjunto de la población. Así, por ejemplo, ningún profesor del *Collège de France* protestó por la exclusión de sus colegas judíos – resuelta por su director antes aún que entrara en vigencia la ley del 3 de octubre que así lo establecía - aun cuando casi ninguno de ellos aprobaba al régimen de Vichy. Respeto a la legalidad, miedo a las sanciones, dudas por la conducta de los otros colegas, un futuro que se presentaba opaco, todo conspiraba contra la posibilidad de protestar. Mantener las instituciones funcionando pareció ser, en cambio, el principio que reguló la conducta de los profesores del *Collège*, entre los que se encontraba Lucien Febvre. El propio Febvre propugnó a toda costa por la continuidad de la publicación de *Annales* bajo las condiciones de la ocupación, para lo que solicitó insistentemente a Marc Bloch que retirara su nombre de la misma, ya que su condición de judío impedía la reanudación de la revista, finalmente reaparecida en 1942 bajo el

título de *Mélanges d'histoire sociale*. Mientras algunos autores señalan el carácter de adaptación oportunista de Febvre, otros juicios resultan más benévolos. (Burrin, 1996: 307 – 317, Fink, 1991:261 - 264).

A diferencia de Italia, en Francia la ruptura con la mirada autocomplaciente del pasado se motivó en la acción política y cultural de la nueva izquierda radicalizada. Los acontecimientos de mayo de 1968 conmovieron la estructura y los fundamentos de la Quinta República, y prepararon las condiciones para que las representaciones consolidadas del pasado fueran puestas en cuestión. El factor que renovarían el debate no sería un libro, sino la película *Le Chagrin et la Pitié*, estrenada en 1975, de Marcel Ophüls, un representante de la generación de 1968 que mostró las actitudes de conformismo y colaboración de la sociedad francesa bajo la ocupación. A ello se sumó la publicación de la edición francesa de *Vichy France*, del joven historiador norteamericano Robert Paxton, en la que se daba cuenta de la extensión social del colaboracionismo. A partir de esta obra se multiplicaron los estudios franceses sobre la colaboración. Sin embargo, el aporte de los historiadores franceses a la comprensión de la guerra es decididamente menor al de sus colegas de otros países, e inferior en calidad e influencia al de otros campos en los que una constelación de intelectuales franceses alcanzó una influencia mundial. (Bosworth, 1996, 514).

Por su lado, en Alemania también se construyó en la posguerra una imagen altamente complaciente del pasado. Desde la década de 1950 los historiadores de Alemania Occidental dejaron de lado la experiencia nazi y recompusieron una perspectiva tradicionalmente nacionalista de su historia. En este contexto, se produjo una reelaboración del pasado en el que se adjudicó la completa responsabilidad por la dictadura a la figura de Hitler o a una estrecha minoría. Como sostiene Bosworth, “Sociológicamente hablando, la profesión histórica alemana logró emerger relativamente ilesa de la *Revolución Nazi*. Para historiadores como Hans Rothfels o Gerard Ritter el primer slogan del mundo post - Auschwitz fue *Business as Usual*”.

Las obras de posguerra de los dos más importantes historiadores de la tradición historicista alemana, Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter, constituían “en su esencia intentos por justificar el idealismo alemán y la tradición política nacional” (Kershaw, 2004: 24). Según la interpretación de esta corriente, el

nazismo fue el resultado de tendencias no específicamente alemanas sino europeas - y constituyó una decisiva ruptura con un pasado alemán considerado en general con rasgos positivos, más que resultar un producto de tal proceso. En la explicación resultaban centrales los desastrosos acontecimientos desatados por el desarrollo de la primera guerra mundial que provocaron en toda Europa – y no solo en Alemania - la caída de los valores morales y religiosos, el predominio del materialismo, el aumento de la barbarie y la corrupción de la política. Ritter hablaba de “la voluntad de un solo loco” como la fuerza que había llevado a Alemania a la guerra. El nazismo resultaba así un accidente lamentable en un desarrollo en general loable.

La historiografía no se diferenciaba en su escasa disposición a abordar críticamente el pasado reciente del modo en que operaban otras esferas de la sociedad alemana, en especial las instancias políticas y judiciales vinculadas al tratamiento criminal del nazismo. En efecto, entre 1946 y 1948 las autoridades de ocupación transfirieron la responsabilidad para la depuración del nacionalsocialismo a las autoridades alemanas en general y a las cámaras de desnazificación en particular. Hasta finales del año 1949, fueron examinados por las autoridades alemanas occidentales por lo menos 3,6 millones de alemanes. De estos 3,6 millones, sólo 1.667 fueron calificados de inculpados principales y 23.060 de imputados de cargos mayores. Ya en el contexto de la guerra fría, la desnazificación llegó a su término. Tanto entre los aliados como entre las autoridades alemanas disminuyó el interés en una minuciosa depuración política, con lo que muchos funcionarios del nazismo lograron eludir la justicia, y los pequeños miembros del partido nazi recibieron penas insignificantes. La mayor parte de ellos se reintegraron sin mayores dificultades a la vida civil.

En definitiva, la historiografía alemana no escapaba al clima que ha sido definido como propio del período de latencia, en el cual tanto los perpetradores como las víctimas sobrevivientes e incluso los testigos indiferentes permanecen unidos en un pacto de silencio, ya que el trauma resulta todavía demasiado vívido como para poder ser hablado. En este contexto alemán, en general los perpetradores del genocidio fueron descritos como monstruos extranjeros, como criminales diabólicos que intoxicaron y engañaron a una nación inocente. “Esta radical demonización de los perpetradores purifica a la

nación y desmoraliza al pasado. Limita la cuestión de la responsabilidad y la culpa a unos pocos agentes responsables, que han sido expulsados más allá de los límites de la comunidad moral y echados del grupo de gente decente.” (Giesen,2001: 20)

La declinación de la influencia del historicismo y un cambio en la concepción de la historia surgió a en la década de 1960, con la publicación de *Griff nach der Weimacht* (1961) y *Krieg der Illusionen* (1969) de Fritz Fischer. Sin dejar de utilizar métodos tradicionales de investigación, Fischer planteó que Hitler y su régimen no fueron meras aberraciones, sino que se inscribieron en una línea de continuidad desde la unificación de 1870 hasta 1945 y quizás, más allá, derribando el argumento de que un desarrollo básicamente saludable se había desviado tras la guerra, y puso al descubierto las continuidades entre las estructuras sociales y las políticas de la era imperial y la nazi. Los historiadores tenían responsabilidad en tal camino especial, ya que desde una perspectiva historicista rankeana, sirvieron a su nación en detrimento de la humanidad.

Estas posiciones desataron controversias que dieron lugar a un proceso de transformación que, continuado en gran medida con los desafíos a la profesión de historiador provocados por los avances en las ciencias sociales, el cambio de clima político y cultural de la década de 1960y finalmente el movimiento estudiantil de finales de esa década. En efecto, desde fines de la década de 1960 se comenzó a hablar públicamente del Holocausto en Alemania, situación que no tardó en trasladarse a la producción historiográfica. Ello fue posible porque la nueva generación resultaba inequívocamente inocente de los crímenes del nazismo, por lo que estaban en condiciones de romper el silencio que cubría el tema e interrogar a la generación de sus padres por sus responsabilidades por acción u omisión en esa etapa.

A partir de entonces, pudo desarrollarse una historia social de la dictadura nazi, teóricamente informada, capaz de considerar esa etapa como el objeto de una investigación que permita dar cuenta de sus rasgos estructurales.

Ello no implicó, sin embargo, que esta investigación lograra aislarse de las vicisitudes políticas del presente desde la que se desarrollaban, dado que la comprensión del nazismo y el Holocausto resultó un rasgo central para la

conformación de la identidad nacional alemana en la posguerra. A mediados de la década de 1980, figuras como Ernst Nolte Michael Stürmer y Andreas Hillgruber arguyeron que los bolcheviques tenían prioridad temporal en los métodos que el nazismo imitó, que la posición geopolítica de Alemania en el centro de Europa implicaba que determinadas visiones estratégicas resultaran inevitables y defendieron una posición de empatía con los soldados de la *Wehrmacht*. La intervención de Habermas acusando a estos historiadores de justificar o apologizar el genocidio nazi despertó la *Historikerstreit*. No es nuestra intención resumir aquí esa polémica, sino sólo señalar que esta dejó al descubierto los inevitables vínculos entre producción académica y elecciones ético - políticas que la necesaria asunción de una perspectiva obliga a enfrentar.¹

También a mediados de la década de 1980 se desató otra controversia en torno a la historización del nazismo.² En 1985 el historiador alemán Martín Broszat planteaba si era posible abordar la era nazi de la misma manera en que son abordadas otras etapas del pasado. Broszat sostenía que la enormidad de los crímenes nazis creó un completo bloqueo moral sobre esa época, que ha compelido a los historiadores – en particular a los alemanes – a tratar al período de una manera distorsionada. Señalaba que el propio objeto de estudio, debido a su sensible naturaleza, tiende a alterar la conducta normal del que se dispone a estudiarlo, cuyo efecto reside en la producción de distorsiones de perspectiva. En su ensayo, Broszat abogaba por una emancipación epistemológica y metodológica de lo que llamaba el “aún no resuelto golpe nazi contra la civilización.” En concreto, Broszat defendía una visión del Nacional Socialismo no concentrada exclusivamente en su maldad, ya que tal concentración excesiva ha impedido una adecuada comprensión del verdadero funcionamiento del sistema nazi y sus manifestaciones cotidianas. Para este fin, Broszat abogó por la intensificación de los ya existente y crecientemente numerosas esfuerzos académicos referidos a análisis micro del período comprendido entre 1933 y 1945. Conocida como *Alltagsgeschichte* e iniciadas en el Instituto de Historia Contemporánea de Munich dirigido por

¹ Para la *Historikerstreit* y los problemas que implicó, se puede consultar el texto de Jorge Acha (1995) “El pasado que no pasa : la *Historikerstreit* y algunos problemas actuales de la historiografía”, en : *Entrepasados*. Revista de Historia, Año V, N° 9.

Broszat, se trata de una historia desde abajo, resultado directo del desafío a la historiografía alemana occidental establecida sobre el nazismo desarrollado por la generación de 1968. Este grupo de historiadores presionaron por una adecuada comprensión del contexto histórico del nacional socialismo, oponiéndose a la “singularización” llevada a cabo por los más prominentes historiadores alemanes. Los historiadores más jóvenes y radicalizados produjeron una gran cantidad de estudios sobre la “vida cotidiana” que revelaron que en muchos aspectos es posible observar continuidades entre la era nazi, su antecesora de Weimar o su sucesora de Bonn (Markovits, 1988). Broszat sostenía que sin una adecuada integración del nazismo en los estudios históricos normales el Tercer Reich seguiría siendo una isla en la historia moderna alemana, un recurso para obtener lecciones de moralidad política, al costo de sacrificar la comprensión histórica. La historización implicaría que el nazismo debería estar sujeto a los mismos métodos de investigación erudita que cualquier otra era de la historia y que las continuidades de los aspectos sociales deberían ser incorporadas a una imagen mucho más compleja del nazismo.

El reclamo de historización de Broszat generó una serie de respuestas, la más articulada de las cuales resultó la del historiador israelí Saúl Friedländer, quien defendió la consideración del nazismo como un fenómeno singular *per se* y como objeto de estudio histórico. Friedländer señaló que la demanda de Broszat podría provocar que se relativizara la especificidad del marco político e ideológico del Tercer Reich, y destacó las dificultades para construir una imagen del período en la que la criminalidad y la “normalidad” no se superpusieran. Por último, Friedländer destacaba que buena parte de la singularidad del estudio del nazismo se deriva de la proximidad temporal que, necesariamente, los estudiosos comparten con los eventos. El pasado nazi resultaba demasiado cercano como para ser tratado de la manera “normal” con que se podría tratar la historia de Francia en el siglo XVI. Por ello, el Tercer Reich sencillamente no podía ser considerado de la misma manera o estudiado con los mismos métodos que otros períodos de la historia.

Memoria e historiografía de la dictadura militar argentina

² El debate está reproducido en *Bulletin Trimestriel de la Fondation Auschwitz*, Bruselas, N° 24, 1990.

A diferencia de los casos europeos considerados, no existió en la Argentina un período de silencio, en el que la mayor parte de la sociedad haya optado por la negación y el intento de olvidar las experiencias traumáticas recientemente atravesadas. Por el contrario, la tematización de la dictadura en la esfera pública fue permanente, en buena medida debido a la perseverante acción de las organizaciones de Derechos Humanos, que lograron impulsar políticas de rememoración desde antes que el régimen militar cediera paso a la renaciente democracia. El juicio a las Juntas Militares, la publicación del *Nunca Más*, la producción literaria, cinematográfica y de las artes plásticas acerca de la experiencia dictatorial, las confesiones de militares partícipes de la represión, las revelaciones periodísticas, la inclusión del estudio de la dictadura en los programas escolares, contribuyeron a que la temática no se silenciara. De modo que no existió en Argentina un período de latencia en el que la experiencia dictatorial haya sido relegada al silencio.

Sin embargo, las versiones sobre aquel pasado resultaron en general tan confortables como las que se habían desarrollado en los casos europeos. La dictadura fue representada en muchos discursos militantes a la manera de un ejército de ocupación, como un mal que vino de afuera y se instaló a través de la represión y el terror sobre una población unánimemente oprimida e inocente. Una minoría estrecha – las cúpulas empresariales, la mayor parte del episcopado, la gran prensa – resultaban en esta visión los únicos sectores que dieron su beneplácito y conformidad al régimen militar. En la representación estatal de aquel pasado, la llamada *teoría de los dos demonios*, el grupo de los responsables se ampliaba para incluir a las organizaciones guerrilleras, pero conservando una imagen en la que la sociedad continúa resultando básicamente una víctima sin responsabilidad alguna.

Más allá de la consolidación de esta representación, ocurre - como ha señalado Vezzetti (2002: 43) - que "... la imagen de una sociedad mayoritaria y permanentemente aterrorizada frente a una violencia extendida en la vida cotidiana" es el fruto de una construcción retrospectiva alimentada por el viraje "hacia un ánimo opositor cuando la dictadura estaba ya derrotada". Por el contrario, en su perspectiva "una mayoría acompañó o aportó su conformidad pasiva a las faenas de la dictadura". Tal señalamiento coincide con la

observación de O'Donnell acerca del alto nivel de adhesión que recibieron los mensajes de la dictadura entre personas que tras la Guerra de Malvinas negarían haber asumido jamás tales posturas.

Alimentan una idéntica perspectiva las siguientes observaciones, publicadas en mayo de 1976 en *Buenos Aires Herald*:

“...Muchas personas, por lo demás respetables, creen que los izquierdistas, sean activistas tirabombas o idealistas transmundanos, merecen la pena de muerte. No exigen que eso se inscriba en el código penal pero sí aceptan la muerte violenta de izquierdistas con total ecuanimidad...”(Neilson, 2001: 15)

Resulta evidente que, tras la finalización de la dictadura, la lucha por la justicia encabezada por las organizaciones de Derechos Humanos se concentró en las responsabilidades criminales de los autores y ejecutores de las masivas y sistemáticas políticas de asesinatos y torturas, entre otros horrendos crímenes. La impunidad de tales criminales y la falta de esclarecimiento acerca del destino final de sus víctimas no favorecieron la formulación de preguntas sobre otras responsabilidades políticas y morales en el seno de la sociedad argentina, ya que la necesidad de llevar a juicio a los criminalmente culpables se impuso como un deber ético y político excluyente.

En este contexto, una nutrida producción periodística, testimonial y memorialística reforzó esta imagen en buena medida complaciente del pasado, en una tendencia que reconoce muy escasas excepciones.

¿Que ocurrió en este contexto con la historiografía? No es esta la primera ocasión en que esta pregunta es formulada, ya que anteriormente motivó diversas reflexiones.

Existe una coincidencia marcada en señalar el insatisfactorio tratamiento de la temática. En la que probablemente resultó la primera aproximación a este problema, un informe aparecido en el diario *Clarín* el 8 de junio de 1997, los historiadores consultados coincidían en señalar la práctica inexistencia de una historia de la década de 1970. En su libro ya citado, Hugo Vezzetti fue más allá al señalar que no sólo la historia carecía de aportes significativos para la comprensión de la dictadura militar, ya que “... ni las ciencias sociales, ni el análisis cultural, la indagación psicológica o el psicoanálisis han dado a conocer estudios significativos en esa dirección” (Vezzetti, 2002: 195).

No faltaron las reflexiones sobre las causas y condiciones que generaron tal falta de abordaje. Así, se han señalado las limitantes materiales e institucionales que afectaron en general a la investigación académica en el último cuarto de siglo, la carencia más general de investigación histórica sobre la Argentina del último medio siglo, la persistencia de actores comprometidos con la dictadura en las instituciones educativas en democracia, la continuidad de una cultura del miedo, las trabas administrativas e institucionales para acceder a fuentes documentales disponibles y la imposibilidad de acceder a la mayor parte de los archivos de las instituciones represivas, y aún el impacto de las políticas del olvido sobre el taller del historiador. (Kaufmann, 2001: 30 – 33; Godoy, 2001: 61)

Sin embargo, y como ha sido señalado en relación al período inmediatamente anterior a la dictadura (de Amézola: 1999: 138) es preciso matizar estas apreciaciones, ante la existencia de una bibliografía que dista de resultar irrelevante o de brindar representaciones complacientes del pasado. Cuando la dictadura militar aún no había concluido Juan Corradi publicó un lúcido análisis acerca de los objetivos y consecuencias del terror desplegado en la Argentina por la dictadura, destacando su carácter productor de sujetos políticos que obedecen absoluta pero voluntariamente, en el marco de unos sectores subordinados dispuestos a respaldar “la adquisición enérgica de poder soberano por parte de dictadores.” (Corradi, 1996: 89). Con *El método de destrucción*, se iniciaba una serie de trabajos en los que las preguntas acerca del consenso, la conformidad y la complicidad social de distintos actores de la sociedad civil con la dictadura constituyeron una de las líneas de análisis recurrentes, aún en momentos en que la mayor parte de la opinión pública se mostraba poco receptiva a este tipo de interrogantes. Las actitudes de los partidos políticos durante la dictadura resultaron unos de los campos más explorados - en particular por científicos políticos - a la vez que un terreno en el que se muestra la inconsistencia de la imagen de una sociedad en conjunto oprimida, aterrorizada y opuesta al gobierno militar. (Quiroga, 2004; Yanuzzi, 1996; Novaro y Palermo, 2003). Si un reciente aporte (Obregón, 2005) vuelve a demostrar la adhesión de la mayor parte de la cúpula eclesiástica a la dictadura militar, Pilar Calveiro señaló en su libro sobre los campos de

concentración la existencia de mayoritarias zonas grises que matizan las actitudes de temor y complicidad social.

No avanzaremos aquí en una descripción exhaustiva del campo, sino que nos limitaremos a señalar que este dista de ser un espacio vacío. A mi entender, la evidencia de que los sociólogos y científicos políticos han realizado una cantidad de aportes sobre la dictadura militar mucho mayor que los historiadores es un resultado de las especificidades de cada campo disciplinario y de los modos en que en cada caso se privilegia o desalienta el estudio de determinadas áreas, más que de la existencia de unas - cada vez más desdibujadas - fronteras disciplinares.

Al cumplirse un cuarto de siglo del golpe de estado de 1976, en marzo de 2001, le enorme manifestación que recorrió las calles de Buenos Aires demostró que la dictadura militar y sus consecuencias no habían perdido centralidad. En la ocasión, el diario *Clarín* volvió a requerir la opinión de algunos intelectuales acerca de los modos de abordar el pasado dictatorial.

Dos de los historiadores argentinos con mayor reconocimiento vincularon en su reflexión los problemas de la historiografía con los de la memoria y señalaron la necesidad de una operación de ruptura entre ambas, aunque arribando a conclusiones disímiles.

Para Tulio Halperín Donghi, en el caso de la dictadura militar, se extrema la de por sí problemática relación entre la experiencia vivida y su reconstrucción histórica. En su perspectiva “La historia solo puede dar cuenta de esa experiencia al precio de reconocer como infranqueable la distancia que la separa de ella”.³ No se trata sólo de un problema temporal sino vinculado a la naturaleza específica del fenómeno. Para Halperín, en el caso de la dictadura, “el paso de una memoria que revive a una historia que reconstruye, que ante otros objetos puede ser enriquecedor, parece en cambio sacrificar todo lo que de veras cuenta”.

Los argumentos de Halperín apuntan por un lado a los límites de la historia para lograr representar el horror dictatorial, pero en particular se dirigen a una cuestión ética, vinculada al sentido del abordaje de aquel pasado. En

³ *Clarín*, 20 de marzo de 2001

este sentido, y aunque no existe en su perspectiva una dificultad adicional para entender los procesos que llevaron al establecimiento de la dictadura, ocurre que “entenderlos no nos ayuda a darnos una razón de lo que debimos vivir en la Argentina a partir del 24 de marzo de 1976”.

En la opción de Halperín Donghi, esta incapacidad de la historia para dar cuenta de los sentidos fundamentales de la experiencia dictatorial contrasta con la voluntad de recordar el período con la voluntad de no renunciar al horror, “porque nos parece que el nos ha revelado algo muy importante”. De tal modo, sin negar la posibilidad de emprender con éxito la tarea de construir una historia de la dictadura, parece privilegiar por motivos éticos la preservación de la memoria del horror.

En la perspectiva de Luís Alberto Romero, las tareas de juzgar y comprender la acción dictatorial aparecen como enfrentadas y excluyentes. En tal sentido sostenía:

“Con ser positivo desde el punto de vista de nuestras prácticas ciudadanas, la condena del Proceso conlleva sin embargo el riesgo de bloquear un examen más crítico de nuestro pasado reciente, sobre todo en un aspecto: el de la responsabilidad colectiva. Mirando hacia atrás, no es tan fácil trazar una línea clara que separe a réprobos y elegidos.”⁴

En una intervención posterior, Romero señaló que la tensión entre memoria e historia de la dictadura era el resultado de unas políticas de la memoria exitosas en su faz cívica, por la que se pagó el costo de evitar la comprensión de aquel período, convertido en algo ajeno a la sociedad y la experiencia histórica argentina”. De tal modo - y en una mirada que puede vincularse a algunos aspectos de la demanda de historización del Tercer Reich de Broszat - concluyó: “el civismo aniquila el saber histórico.” (Romero, 2003).

Estos puntos de vista han sido criticadas por considerar que resultan de una escisión - considerada en si mismo ideológica - entre el trabajo historiográfico y la esfera valorativa, ya que tal separación no podría sino redundar en un ocultamiento de los propios juicios de valor, inevitables e immanentes al propio discurso disciplinar. (Alonso y Tornay, 2004: 156). En la perspectiva de esta crítica, la articulación entre el discursos cívico y el historiográfico “es una necesidad de todo proyecto que admita con humildad que los historiadores no están necesariamente mejor dotados que otros actores

⁴ *Clarín*, 19 de marzo de 2001

colectivos para dar cuenta de lo que pasó y que pretenda ofrecer a la sociedad herramientas intelectivas para controlar su propio destino sin por eso decirle lo que se debe pensar.”

Esta crítica, pese a resultar certera, no resuelve por completo el problema planteado por Romero. En efecto, señalar la necesidad de articular la práctica historiográfica y el compromiso cívico deja sin resolver los modos que puede adoptar esta articulación, ya que ella debe significar una distancia entre ambas esferas que impida su superposición.

Sin embargo, los casos europeos analizados muestran que la repulsión moral y política que provocan el nazismo, el fascismo y el régimen de Petain no sólo no resultaron obstáculos para la construcción de una historiografía distanciada y crítica, sino que en muchos casos se constituyeron en las actitudes que la impulsaron. Pese a que la capacidad de la historiografía argentina de incidir en la esfera pública es mucho menor que la de la europea, podemos confiar que a partir del equilibrio entre compromiso y distancia podamos asistir en los próximos años a la generación de producciones que permitan acceder a renovadas perspectivas sobre nuestro pasado reciente.

Referencias bibliográficas

Alonso, Luciano y Tornay, María Laura, (2004) “Políticas de la memoria y actores sociales (a propósito de un ensayo de Luis Alberto Romero)” en: *Clío & Asociados* N° 8, UNL, Santa Fe

Bosworth, R.J., (1996) “Nations examine their past. A comparative analysis of the historiography of the “Long” Second World War”, *The History Teacher*, vol.29, N° 4.

Burrin, Philip (1996), *France under the Germans. Collaboration and Compromise*, New York, The New Press.

Calveiro, Pilar (1998) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Corradi, Juan (1996) “El método de destrucción. El terror en la Argentina” en: Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens. Publicado originalmente como “The mode of destruction: Terror in Argentina”, en: *Telos*, N° 54, 1982 - 1983

de Amézola, Gonzalo (1999) “Problemas y dilemas en la enseñanza de la Historia reciente” *Entrepasados. Revista de Historia* N°17.

De Felice, Renzo (1974) *Mussolini Il Duce.I. Gli anni del consenso, 1929- 1936*, Torino, Einaudi.

De Felice, Renzo (1976), *El fascismo. Sus interpretaciones*, Buenos Aires, Paidós

Finchelstein, Federico, (2001), "Raul Hilberg, historiador de la Shoah. Una lectura historiográfica", en Pablo Dreizik (comp.), *La memoria de las cenizas*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Patrimonio, Museos y Artes.

Fink, Carole, (1991), *Marc Bloch. A life in History*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gentile, Emilio "Fascism in Italian Historiography: In search of an individual Historical Identity" en: *Journal of Contemporary History*, vol.21, N° 2. (1986)

Giesen, Bernhard (2001) "Sobre héroes, víctimas y perpetradores", en: *Los Puentes de la memoria*, Año 2, N° 5.

Godoy, Cristina (2001) "Memorias públicas e Historia: un diálogo en claroscuro" en: Carolina Kaufmann (dir.), *Dictadura y Educación. Universidad y Grupos Académicos Argentinos (1976 – 1983)*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Kaufmann, Carolina (2001) "Silencios inviables. ¿Investigar en la historia educacional reciente?", en: Carolina Kaufmann (dir.), op. cit.

Levi, Primo (1988), *Si esto es un hombre*, Buenos Aires, Milá.

Markovits, Andrei (1988) Introduction to the Broszat – Friedlander Exchange, en: *New German Critique*, N° 44, Special Issue on the *Historikerstreit* .

Neilson, James, (2001) *En tiempos de oscuridad, 1976/1983*, Buenos Aires, Emecé.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003) *La dictadura militar (1976 – 1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós.

Novick, Peter (1999) *The Holocaust in American Life*, New York, Houghton Muffin.

Obregón, Martín (2005), *Entre la cruz y la espada. La Iglesia Católica durante los primeros años del "Proceso"*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

O'Donnell, Guillermo (1997) "Sobre las fructíferas convergencias de las obras de Hirschman, *Salida, voz y lealtad* y *Compromisos cambiantes*: reflexiones a partir de la experiencia argentina reciente." En: *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.

Quiroga, Hugo (2004) *El tiempo del "proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976 - 1983*, Rosario, Fundación Ross / Homo Sapiens.

Romero, Luís Alberto (2003), "Recuerdos del Proceso, imágenes de la Democracia: luces y sombras en las políticas de la memoria", en: *Clío & Asociados* N° 7, UNL, Santa Fe.

Rousso, Henry (1994) *The Vichy Síndrome. History and Memory in France since 1944*, Cambridge and London, Harvard University Press

Sharlet, Jeff (1999) "How the holocaust came to América. Meter Novick's challenge to received wisdom" en: *The Jewish Quarterly*, N° 174.

Traverso, Enzo (2001a), *La Historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder.

Traverso, Enzo (2001b) "El uso público de la historia" en *Los Puentes de la memoria*, Año 2, N°5

Traverso, Enzo, (2001c) *El Totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba.

Vegetti, Hugo (2002), *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI

Vidal Naquet, Pierre (1994) *Los asesinos de la memoria*, México, siglo XXI.

Yanuzzi, María de los Angeles, (1996) *Política y Dictadura*, Rosario, Fundación Ross.